



AQUI, CON MIS HERMANOS

AQUÍ, CON MIS HERMANOS

Roberto López Moreno

Margarita Paz Paredes

Enrique González Rojo

Portada: Leticia Ocharán

© Derechos reservados

Ediciones Pasquín.

Apdo. Postal 21-019

México 21, D. F.

“... oigo que se juntan todos los gritos
cual un bosque de estrechos corazones apretados;
oigo lo que decimos todavía hoy,
todo lo que diremos aún,
de punta sobre nuestros graves latidos,
por boca de los árboles, por boca de la tierra...”

José Revueltas.

DIURNO EN LA MUERTE DE EMILIANO ZAPATA

A mis hijos, puesta toda fe en nuestro futuro.

Emiliano Zapata

daga de duelo en la entraña de tu madre,
lágrima lumbre en el vientre de tu madre,
ardor de barro en el cuerpo de tu madre,
cadáver tejido a raíz de pólvora,
cabalgata en el polvo
a viva ausencia.

Emiliano

ejército de ejidos con la abstinencia en armas,
hoy grito sin nombre en el pozo de la noche,
tu madre te busca, te llama
—llama enhiesta del maíz—,
repite tu nombre entre las cañas

y sólo encuentra un hijo muerto
con surcos a traición clavados en la carne de su día,
y sólo encuentra tu silencio entre sus voces,
tu ronco manantial acribillado.

Ella te cubre entonces con su rebozo vegetal,
te lava las heridas
con sus lágrimas, ríos furiosos,
dulcísimas corrientes indefensas
y besa tu nombre sobre la frente abierta,
predio de la ternura,
receso ensangrentado.

Que enorme soledad la de sus manos,
qué llanto tan rencor
su agricultura rota,
qué modo de sangrar por tus heridas
su angustia descargada
sobre el barro brutal de su lamento;
qué modo de palpar tu sangre
cuando la tarde derrite
los horizontes de sus ojos ardiendo.

Y mientras... tú, jinete de vida,
cosechando la muerte en cada poro;
y mientras... tú, fuego deshecho,
naciendo libertad para los buitres,

para los del festín en esta hora de espanto,
de tragedia,
de plomo al hombro de la noche.

Emiliano muerto

¿en qué Rubén Jaramillo florecerá tu espiga?
¿en qué Genaro? ¿en qué Lucio?
¿en qué barranca nuestra
te está gestando la madre que aún te llora?
¿de qué llaga levantarás tu carne a vegetal y arcilla?

Muerto tea, barro río

enmauserando el amor de los arados;
luz puñal de los humildes que esperan de tu siembra
de tus incendios enverbando la llanura,
rehaciéndola.

Por ahora el festín ríe y se agita
y los asesinos se construyen diariamente
una bestial patria
de bestias revolcándose en estiércol.
Por ahora el festín está de fiesta.

Ahora es tu silencio,
tu madre se enllaga de tu cuerpo,
se tiende junto a ti,
de semilla a impotencia desgarrada.

Emiliano Zapata,
tu madre te busca,
solloza por el hijo
tierra de su tierra,
niño de su tierra.

Tu madre te reclama, tiembla,
brama su dolor profundo,
y llega a tanto ese dolor amargo,
que te inventa de nuevo en cada cuna,
en cada surco alzado,
en cada filo,
cada vez que la posee el relámpago.

Roberto López Moreno

MUERTE Y RESURRECCIÓN DE RUBÉN JARAMILLO

¡Ay, Rubén Jaramillo, padre de las espigas
prometidas al hombre.

No ha de lavar el llanto tu sangre sin reposo
ni han de teñir campanas por tu muerte imposible;
porque hay palomas rojas y sedientas
bebiendo a sorbos ácidos el manantial del pecho
que abrió el sórdido crimen sobre la tierra seca!

¿Qué cobarde consigna cegó tu voz de trigo?
¿Qué lebrél homicida cayó sobre tus hombros
portadores de harina cotidiana?
¿Y quién sembró de hierro
el surco alimentado
por el sudor de varoniles frentes?

¡Ay, Epifania Zúñiga, heroína,
alta mujer de vientre mutilado,
tu niño que soñaba con la gracia del mundo.

Golpe de gracia tuvo antes del alba!

El crimen es un río desbordado
sobre el Valle que un día fue transparente
y que hoy lloramos turbio, envilecido,
por borrascas de fango y de ceniza.

Pueblo de mieses pisoteadas,
contigo estamos hombres y mujeres,
y grito amordazado.

Mira tu tierra, Jaramillo,
tierra abonada con traición y engaño.

Lenguas de lobos ciegos contaminan la savia,
y los tallos se pudren en las manos del hombre.

Deja que crezca la semilla de odio
y el fruto de venganza;
deja que llegue la alborada
justiciera y sangrienta.

¡Arráncale los ojos, Emiliano Zapata.

No mires a tu hermano asesinado

a mitad de su grito;

no mires a tus hijos exhaustos de esperanza,

porque el pecho labriego

en su sangre se ahoga, derramada

sobre el lecho inocente de su casa!

¡Levantad la cabeza labradores;

traed los azadones, despertad a los héroes

y que su ira limpie la inmundicia

que nos cubre de oprobio y de vergüenza!

¡Que los buitres se coman a los buitres!

No queremos descanso para ti, Jaramillo.

Una losa aprisiona tus hombros y tu pecho;

pero la voz terrible que clama y se rebela

desde el sangriento río que alimenta a tus muertos.

Nos enciende de rabia iluminada
con la verdad que azota las espaldas
de Judas y Caínes.

Un día volverá a brillar la aurora;
un día los niños soltarán de nuevo
sus risas en el viento;
un día los hombres de la tierra,
cuando el arado sea un laúd que cante,
cosecharán espigas dulces y alborozadas;
un día, Jaramillo, resonará tu nombre,
un día sin odio, sin temor, sin asco,
se abrirá el horizonte
al recobrado sueño de la Patria.

Martarita Paz Paredes

AQUÍ, CON MIS HERMANOS

Un niño corre arrastrando una lágrima.
Blas de Otero.

Y el overol azul del cielo...
Novo.

Yo nací al terminar los años veinte.
Vi la luz a la sombra del caudillo.
Y por lo que conozco, quiero aquí
aullar estos poemas a la luna.

No quiero alzar mi canto
a la patria impecable, entre algodones,
sin una sola errata chovinista
ni el pecado bilingüe que cargaba
Malinche entre sus piernas.

La patria que nos dejan los de arriba,
la que, de pabellón, tiene un harapa
—como el traje preciso de un leproso—

y un buitre que devora,
sobre un corral de tunas,
la lombriz, el renglón
donde el sistema actual escribe el asco.

Prefiero la verdad, la desvergüenza,
la que con el cinismo, se desnuda
hasta la carne viva.

¡Que pequeña grandeza mexicana
(ciudad de los palacios y pocilgas)
aquella que descubre,
en medio rebaño de tugurios,
hombres que tienen frío hasta en los piojos,
mientras está su entraña,
sus órganos internos tiritando!

Y si somos testigos
de México a través de su angustias
—no cronistas que estén versificando
la realidad presente con los ripios
de la acomodaticia tinta empleada—

vemos que Jaramillo
muere zapatamente en el lugar
que habita la ignominia,
como pródigo infante de la tierra
que torna hacia la madre.

Vallejo y mi amadísimo Revueltas
se encuentran en los sótanos de México,
allá en el almacén en donde el régimen
arroja la salud y la hace víctima
del claustro, del más lento
verdugo imaginado por los hombres.

Genaro ha sucumbido. Pero se halla
en la misma guerrilla de ultratumba
de Emiliano y Rubén, en la guerrilla
que se encuentra expropiando nuevamente
la indecisión privada del labriego
hasta formar comunas de venganza.

¿Cómo olvidar que a finales del cincuenta
se le descarriló al sistema un día

su mayor sindicato,
que vistió la esperanza de overoles,
e hizo que los martillos
miraran a la hoces de reajo?

¿Cómo olvidar que ayer,
cuando México obtuvo
su medalla en masacres,
tuvo lugar un mitin,
una concentración de niños héroes,
que se volvió de pronto una asamblea
de balas, de quejidos y silencios,
en que al final la sangre solamente
tomaba la palabra?

¿Y olvidar el desquicio calendario
que en el año primero del setenta,
levantó nuevamente, en pleno junio,
entre el nueve y el once, el dos de octubre
mientras entraba en tratados la sorpresa
con los sepultureros?

Oh mi patria cabrona: ya mi pueblo
comienza a desconfiar, porque comprende
que resulta imposible mantener
perpetuas catedrales de confianza
a mitad de un zócalo de dudas.

Enrique González Rojo-Arthur

DIURNO EN LA MUERTE DE EMILIANO ZAPATA.

Roberto López Moreno.

MUERTE Y RESURRECCIÓN DE RUBÉN JARAMILLO.

Margarita Paz Paredes.

AQUÍ, CON MIS HERMANOS.

Enrique González Rojo.

Se terminó la impresión de 1,000
Ejemplares el 30 de agosto de 1979.

Roberto López Moreno.

Margarita Paz Paredes.

Enrique González Rojo.